

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVI. MADRID 26 SEPTIEMBRE 1896. NÚM. 39

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrásado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

CIENCIA

Y RELIGION

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio dos pesetas

Se dará á peseta á los lectores de todos los periódicos republicanos.

Pago adelantado, siendo el certificado (25 céntimos), de cuenta del que pida el libro, y no respondiéndose, en caso contrario, del envío.

¡QUÉ HOMBRES DE ESTADO!

Mientras la guerra arde en Cuba y Filipinas, y la restauración agota las fuerzas del país, y los restauradores vacilan, y los carlistas se envalentonan porque están preparados, el que entre nosotros se cree el primero, el Sr. Pí, se entretiene, ora en escribir de arte, ya en combatir á los demás republicanos, ya en arrojar sombras sobre las glorias españolas, empeño censurable siempre, pero mucho más hoy que se necesita levantar el espíritu de todos para poder afrontar los males presentes y las catástrofes venideras.

Y lo hace tan ridícula y tan chavacanamente, que en vez de producir el efecto que se propone, sólo consigue que los más benévolos se sonrían desdeñosamente como diciendo: «¿Y son estos los hombres de Estado que los republicanos tienen para resolver virilmente los problemas que planteará la caída de la monarquía?»

Allá va, en demostración de cuanto digo, un párrafo de un artículo que el Sr. Pí ha publicado bajo el título *Los civilizadores*:

«Santo Domingo fué la primera isla americana en que hicimos asiento. Vivían felices los que la habitaban cuando allá fuimos. En medio de una naturaleza rica y exuberante, satisfacían con poco trabajo las necesidades de la vida. Tenían por jefes caciques nada codiciosos ni nada tiranos, y pasaban lo más del día, ya en reposo, ya danzando, ya cantando en coro, á la sombra de frescas arboledas, la historia de sus héroes.»

¡Qué criterio más pobre y más mezquino para juzgar un hecho tan grande como la conquista de América!

¡Qué sentimentalismo tan cursi y tan trasnochado, propio únicamente para departir con cocineras de corazón tierno, y aun esto aprovechando el instante en que estén doblemente predispuestas al llanto por haber acabado de picar cebolla!

Mentira parece que un hombre de ideas tan estrechas tenga en este país, grande en todo,

en sus heroísmos, en sus despilfarros, hasta en sus decadencias, un solo partidario.

¿Y nos extrañaremos luego de esa politiquilla que sigue, de chisme y de comineo, al verle entusiasmado ante aquellos seres delicados y tiernos que descubrimos en Santo Domingo, felices como el asno que tiene seguro el pienso, tumbados á la bartola, cuando no danzando ó aullando en corro? ¡Qué lástima de sombra la que daban aquellas frescas arboledas para resguardar del sol á tales gandules, que vivían como Adán, según el cura de Chaorna, antes de que Eva saliera de su costilla, esto es, bien quisto de sus vecinos, solicitado por las monjas, etc., etc!

Un lapsus, sin embargo, ha cometido el señor Pí al decirnos que cantaban por sus héroes; porque si cantaban por ellos, era que los tenían; y si los tenían, era porque le habrían roto el alma á algún correligionario en barbarie y danza; y si hacían esto, resulta que no vivían felices, que la guerra es condición ineludible en la vida de la humanidad, y que, por lo tanto, huelgan esas lamentaciones, ridículas en cualquiera, pero más en un hombre que aspira á regir los destinos de una nación.

¡Qué desdicha la nuestra! ¡No contar con un hombre á la altura de las circunstancias, de ánimo sereno y corazón gigante, capaz de prevenirse contra todos los acontecimientos y soportar dignamente todos los reveses, grande en la audacia, tenaz en la resistencia, exento de pequeñeces, ambicioso hasta el punto de querer acaparar para él sólo la gloria de salvar á la nación, valiente para afrontar los peligros, y teniendo una gran fe en este pueblo que está deseando sólo oír una voz poderosa que le grite: «¡Levántate y andal,» para hacer lo que siempre hizo y eclipsar á los que más hicieron!

Mas ¡ay! que en vez de esos hombres, ¡ó de ese hombre, pues con uno bastaba!, nos encontramos con caciquillos que se disputan el usufructo de unos comités, que se contentan con oírse llamar ilustres, que elevan á dogma principios que han de ahogarse en la gran revuelta social que se avecina; hombres que llevan seis meses discutiendo si han de celebrar un *meeting*; que analizan en familia los proyectos ruinosos del gobierno, en vez de trabajar porque no los realice; que cuando, como en las circunstancias actuales, cada hora representa un año, dejan pasar meses y meses entregados á discusiones estériles, con intermedios de disputas vergonzosas, llenos de rencores, de celos y de envidias, calculando lo que una decisión puede favorecer á ésta ó aquella persona, no el beneficio que al partido en masa pudiera reportar; hombres, en fin, sin iniciativas, sin arranques, sin nada de lo que deben tener los revolucionarios, sobrándoles en cambio una lengua que mueven en provecho exclusivo de su fama de oradores, ó una pluma que esgrimen para ensalzar la dicha de los salvajes que roncan y cantan.

Y al lado de estos hombres, inmediatamente, algunos que les hacen coro ó tratan de sustituirlos; que chillan contra ellos cuando están lejos, é incurren en los mismos defectos cuando con ellos se mezclan, con la desventaja de que no poseen cualidades que puedan compensar tales defectos, siquiera sea en una parte mínima; que muy revolucionarios cuando no están en lugar visible, se convierten en conservadores feroces de los organismos que les dan posición oficial dentro del partido, y á quienes no es posible traer á la fusión, porque la fusión volvería á confundirlos con la masa común, de la que por casualidad salieron

y á la que en justicia deben volver. Y el que de entre ellos, (que no todos son así), piensa bien y rectamente, ese, ó carece de valor para afrontar la situación, ó lo detienen escrúpulos nimios, ó teme quedarse solo, sin comprender que nadie se queda solo, diga lo que diga, y haga lo que haga (y de esto soy yo buen ejemplo), cuando su actitud no está determinada por móviles personales.

Así estamos y así nos vemos; y nada adelantaremos con callarlo, porque lo reconocen ya hasta nuestros adversarios. En un artículo que publicó el *Heraldo de Madrid* el miércoles último, hablando de la difícil situación que atravesamos y de sus remedios probables, decía:

«¿Dudará nadie de que si los republicanos no hubiesen consagrado veinte años á la discordia; si hubiesen aprendido á sumar en vez de pasarse la vida dividiendo; si hubiesen acertado á desarmar los recelos de las grandes fuerzas sociales, en vez de avivarlos, constituirían hoy un peligro gravísimo para las instituciones monárquicas y acaso una esperanza para muchos en las horas de angustia á que la nación ha llegado? Pues eso que el republicanismo no supo hacer entre nosotros, el partido carlista lo ha hecho por la organización, por la disciplina, por la paciencia y por la fe.»

Estas verdades tristísimas deberían ponernos rojos de vergüenza; pero no haya miedo de que tal ocurra. Nos desquitaremos hablando en la primera reunión de nuestra consecuencia, de la fe en nuestros principios, de que la monarquía se va, y de que Cánovas es un soberbio, Sagasta un Mefistófeles y Martínez Campos un bruto; afirmaciones tantas veces hechas sin gaave ni leve detrimento de la restauración.

¡Desdichado partido republicano, si no tiene un arranque y hace pronto la revolución en su seno, antes de llevarla al de la monarquía!

JOSÉ NAKENS.

NOTICIA DESMENTIDA

He abrigado durante varios días el temor de que una nueva división viniera á aumentar el número, bastante crecido ya, de las que hemos padecido y padecemos los republicanos. Afortunadamente no se ha confirmado.

Mas como puede haber llegado á mis lectores el rumor, y no llegar la noticia de que se ha desvanecido, haré historia.

Publicó *El País* un artículo titulado *Seamos sinceros*, que hubiera yo reproducido íntegramente á no haber sido denunciado; tan bien respondía al pensamiento de todos los republicanos.

Su síntesis era ésta: no están en lo justo los que aseguran que debemos aguardar á que termine la guerra para traer la República.

Habló á los tres ó cuatro días su jefe, el Sr. Esquerdo, en Salamanca, y el telégrafo anunció que había afirmado lo contrario, esto es, que mientras hubiese guerra no debíamos pensar en República ni en democracia, si no en la patria. Calló *El País*; por callar, ni siquiera dió cuenta del acto.

Pasó su jefe á Burgos, y el telégrafo aseguró que había repetido la afirmación que hizo en Salamanca, lo cual aplaudieron los monárquicos. Al día siguiente *El País* publicó otro artículo titulado *Lo patriótico*, en que afirmó y ratificó los conceptos del que le denunciaron, y que terminaba con estos párrafos:

«Para nosotros, lo patriótico debe ser instaurar la República por el único medio que podemos hacerlo, sin darnos tregua ni punto de descanso.

Tengamos en cuenta que tanto más urge el remedio cuanto más grave en la enfermedad, y que tran-

sigir, aunque temporalmente, con lo que creemos malo y perjudicial para la patria, acusa *impotencia, miedo ó traición.*

Los monárquicos, y algunos republicanos, veían ya en todo esto un rompimiento inevitable, y no ocultaban su regocijo. Pero su gozo en un pozo.

Al ver *El País* la alarma y los disgustos (son sus palabras) que las declaraciones atribuidas al Sr. Esquerdo habían producido entre sus amigos, y «para calmar la ansiedad de los alarmados, que han creído un momento en la posibilidad de treguas que más parecerían debilidad, impotencia ó cobardía», telegrafió sobre el asunto á un caracterizado correligionario, quien desmintió que el Sr. Esquerdo hubiera dicho lo que se le atribuía.

Nos felicitamos con el querido colega de que se haya desvanecido esa mala inteligencia. No; el Sr. Esquerdo no podía ni debía decir semejante cosa, ni separar las palabras república y democracia de la de patria.... ¿Acaso no son sinónimas? Colocar la última sobre las otras dos, sería dar á entender lo que no es verdad; que los republicanos no ponemos la honra y la dignidad de la patria sobre todo.

Precisamente somos republicanos porque somos patriotas; porque vemos á España perdida y queremos salvarla; porque la restauración es la enfermedad que padece, y la República el remedio que puede curarla.

No ya por revolucionario, por español solamente se creería el Sr. Esquerdo, como nos creemos todos, obligado á intentar la salvación de esta patria querida. ¿Cómo iba, siendo además partidario ferviente de la revolución, á andar con distingos y tiquismiquis impropios de su seriedad y su amor á la República?

Ya saben mis lectores todo lo ocurrido; ya pueden desmentir á los que aseguren que el Sr. Esquerdo anda difundiendo de ciudad en ciudad la idea de que no debemos intentar nada mientras la guerra subsista.

OLLA DE GRILLOS

Leí hace unos días en *La Voz Montañesa*, de Santander, en un artículo que dedicaba á la fusión:

«Nosotros los federales—lo hemos dicho repetidas veces—estamos dispuestos á ceder en todo lo que no constituya la esencia de nuestro programa. No podemos prescindir, ni prescindiremos jamás de las autonomías. ¿Cómo habríamos de abandonarlas cuando por conservarlas incólumes hemos reñido luchas tremendas y sufrido todo género de adversidades?

No pasaremos porque se las olvide; entonces, lejos de entrar dignamente en ese partido, entraríamos con vilipendio por la puerta falsa; seríamos realmente absorbidos por nuestros afines; arrojaríamos en un día por la ventana lo que há cuarenta años venimos obstinadamente defendiendo; imitaríamos la inconsecuencia de los que abominan de lo que ayer predicaron.

¿Cómo? ¿Habríamos de ser tan cándidos que creyésemos en la eficacia de un partido único sin más aspiración que la de instaurar la República, ó la de que, instaurada, rigiese, hasta que las Cortes la diesen forma, la Constitución de 1869, cuya casi totalidad de principios ha sido aceptada tácita ó expresamente por la monarquía que hoy padecemos?

¡Oh, no!

El miedo á las consecuencias de la revolución engaña á nuestros afines. Después del hecho revolucionario ¿quién osará atar al pueblo vencedor? Surgirán como en casos análogos han surgido siempre las juntas revolucionarias, que en sus respectivas provincias querrán, con razón, ser autónomas.

¿Qué hará entonces el poder central? ¿Querrá someterlas haciendo algo como una contrarrevolución? Le faltará el apoyo de la mayoría de los republicanos; la nueva forma de gobierno nacerá anémica y falta de energías para consolidarse.

Por eso, por asegurar la vida de la República, y por nuestras propias convicciones, no prescindiremos nunca, ni para formar el único partido que es una de nuestras más caras esperanzas, de las autonomías.

¿Ni de que serviría que nosotros prescindiéramos

de ellas, si el pueblo las impondría el día del triunfo?»

Lo de siempre; lo que el Sr. Pí ha inculcado á los que le siguen, desde la altura de su pequeñez: «que si nos van á absorber», «que si nuestra consecuencia», «que si tienen miedo á la revolución», «y á las juntas», «y á las autonomías...»

Y diciendo esto llevan veintidos años, sin hacer nada ni dejándolo hacer, siempre temiendo que los engañen como á tímidas doncellas, habiendo hecho de principios sin aplicación en los momentos actuales una especie de muralla de la China, suspicaces, recelosos...

Si es otro periódico quien dice eso, con seguridad que ni lo hubiera leído; ¿pero *La Voz*? ¿Cómo *La Voz*, cuya ilustración es por todos reconocida, repite esas vulgaridades de la absorción, y del miedo que á la revolución tenemos los demás? ¡Miedo! Mejor lo demuestran los que quieren ponerle linderos, más ó menos grandes, que los que la pedimos y la deseamos sin programa, para que pueda sin trabas extenderse hasta donde le acomode.

Lo que no ha advertido el colega, es la contradicción en que incurre al repetir lo que tantas veces ha dicho su jefe Pí con perfectísima falta de lógica.

Nadie atará al pueblo vencedor. Entonces ¿á qué pedir el reconocimiento de ningún principio á los afines, si el pueblo desatado ha de imponérselos?

Surgirán, como han surgido siempre, las Juntas revolucionarias. ¿Por qué exigir entonces á nadie el compromiso previo de su formación, si por fuerza han de formarse?

No prescindiremos nunca, ni para formar el único partido, que es una de nuestras más caras esperanzas, de las autonomías. Mal se aviene ese párrafo con este que le sigue: «¿Ni de qué serviría que nosotros prescindiésemos de ellas, si el pueblo las impondría después del triunfo?» Pues si tienen esa seguridad, ¿por qué no entran sin condiciones en la fusión? Y ¿por qué temen que sus afines los absorban? ¿Tan en poco se tienen? ¿De tal modo desconfían de sus fuerzas?

Ni Cristo los entiende, ni ellos se entienden tampoco, que es lo peor. Es verdad que, cuando no saben por donde salir, sacan á plaza la palabra consecuencia, y se quedan tan tranquilos?

¿La consecuencia! Para lo único que vamos teniéndola todos, es para trabajar sin tregua ni descanso porque la monarquía continúe.

La consecuencia verdadera, honrosa y práctica, hubiera sido la que nos llevara á imitar á los federales del 69 para derribar por la fuerza lo que por la fuerza se nos arrebató; no esa consecuencia estéril é infecunda que ha permitido á la monarquía arruinarnos y deshonorarnos; no esa consecuencia egoísta y criminal que impide la unión de todos, y que prefiere la continuación de la monarquía al triunfo de una República que no sea la que cada cual ha soñado; no esa consecuencia que está en la letra de un programa, no en el espíritu amplio y generoso de la idea democrática.

¿Que si no quieren regirse provisionalmente por la Constitución del 69 porque la monarquía ha aceptado tácita ó expresamente sus principios? Abominemos en tal caso del sufragio universal, del jurado y de todas las libertades democráticas que la monarquía se ha visto precisada á concedernos. Nada de lo que ha servido para la monarquía puede aceptar la República; tiremos hasta la moneda, si es que para aquel día queda alguna, porque lleva busto de reyes.

¡Ay, querido colega! ¿Qué pequeño es todo esto, y cuán poco se aviene con las ideas grandes que los republicanos debemos tener, si efectivamente queremos regenerar esta patria que tan poquísimo nos tiene que agradecer hasta ahora! ¿Qué empeño en sacar á flote, nuestra personalidad, y nuestro criterio, y

hasta nuestro amor propio, aun cuando al país se lo lleve la trampa!

Más abnegación en todos, más noble idea del sacrificio. De lo contrario, quizás en plazo no lejano D. Carlos ocupe el Palacio de Oriente, con gran satisfacción del Sr. Pí y de los que le siguen.

Porque si la cuestión importantísima, la única cuestión, es la de las autonomías, y don Carlos las ofrece, ¿cómo podrán negarse en buena lógica á ponerse á su lado?

El dilema es éste: O con D. Carlos, porque ofrece las autonomías municipal y regional, ó con los defensores de la democracia aun cuando no las quieran en la extensión que el Sr. Pí.

¿No se van con D. Carlos? Pues demuestran que lo de las autonomías no es para ellos lo primero; y no siendo lo primero ¿por qué hacer hoy de ellas bandera de división?

Aguardo la respuesta de los federales del Sr. Pí.

LA PLUMA Y LA TRIPA

La prensa es uno de los organismos más gangrenados de este país: chorrea corrupción.

Se estafa ignominiosamente al público desde las columnas de los periódicos. A nombre de la moralidad se organizan campañas contra negocios á todas luces perjudiciales para los intereses de la nación, y se aprietan los resortes para que el público se fije bien en el escándalo.

Y bien: esos periodistas moralizadores que aquí se usan, no tienen inconveniente en doblar la hoja cuando les acarician el estómago.

¿No dijo toda la prensa una y mil veces que la compra de los cruceros de la casa Ansaldo de Génova por el Estado no se podía consentir, porque constituía una estafa?

¿No mereció los honores de escándalo del día ese puñado de millones que se iban á regalar á la sociedad Perrone á cambio de madera y hierro en forma de barcos?

¿No se calculó con minuciosa exactitud el número redondo de pesetas que nos hacían pagar de más los armadores genoveses en la compra de sus famosos cruceros?

¡Llor al ilustre Perrone! Esos periodistas que le regateaban los cinco ó seis millones de ganancia que le producirá cada uno de los barcos que le hemos comprado, hoy le ensalzan y aclaman, como si implicase para España la suerte gorda el haber tropezado con la casa Ansaldo.

Reconozcamos un talento comercial de primer orden á esa sociedad que nos endosa una mercancía sabiendo todo el mundo que es mala y cara, y sobre todo, reconozcamos la cualidad eminente de Perrone en conocer la prensa de este país, cual si toda su vida la hubiese dedicado el experto armador á encajar en los periódicos de España gacetas de pago.

¿Pero es verdaderamente la prensa representante de la opinión la que en Italia consagra con sus aplausos un negocio sucio?

Forzoso es confesar que los periodistas con quienes la casa Ansaldo se gastará veinticinco mil duros agasajándolos en la fiesta del vientre, representan allí á los periódicos de mayor tirada, á la prensa que monopoliza la opinión.

¿Qué asco! ¡El periodista rasgando su augusta vestidura para ceñir la servilleta del hotel, el estómago dictando ideas, y la salsa sirviendo de tinta!

Lamentamos que esos rebañadores de platos sean los que aquí pulsan la opinión.

¿Cómo se atreven á hablar de moralidad unos pobres diablitos que sacrifican la rectitud del criterio ante los placeres de la gula?

Leed la prensa: no censuran los que la representan en Italia el magnífico negocio que ha realizado Perrone, ni se acuerdan de que hace pocos días le atacaban con saña.

No consignan las deficiencias de los barcos

que tan bien señalaron aun sin haberlos visto, ni se les ocurre otra cosa más que, copa en mano, brindar por el espléndido anfitrión que así les regala.

Bien se conoce, por las cartas que esos romeros al santuario de la tripa dirigen desde Italia, la influencia de los platos fuertes.

En ellas no hay más que tufos de cocina y regíndolos de estómago hartos.

Viajan como las maletas, de hotel en hotel, insensibles á las bellezas de ese país donde los colosos del arte han dejado escritas sus mejores páginas.

Y es que esos burgueses de la prensa, obtusos y vulgares, han ido á comer, y comen.

¿De qué han de hablar sino de brindis y banquetes?

Con esta clase de prensa, que revela la degeneración mental del periodismo español y los pocos escrúpulos de los que ejercen tan sagrado sacerdocio, ¿qué consideración hemos de merecer?

Se nos tendrá por un pueblo que sólo se conmueve al ruido de la cuchara, capaz de cerrar los ojos á todo cuando se nos calienta el bandullo.

¡Mal haya los periodistas que tan flaco servicio hacen á este pueblo!

Perrone debe lanzar carcajadas de burla al ver ante sí un gremio de tragones que eleva al quinto cielo su casa, bajada á los infiernos por esos mismos periodistas antes de echar aquél los manteles á la mesa.

¡Página gloriosa de los presentes tiempos!

El pueblo siendo juguete hasta de la prensa, que le seduce vilmente.

Comed, comed en Italia, asalariados.

Llenad el vientre al mismo tiempo que la casa Ansaldo llena sus gavetas.

¡Si hay un Dios justiciero, que la perpetua indigestión sea vuestro castigo y el *maitre d'hotel* vuestro tormento.

(El Pueblo, Valencia)

LA INSURRECCION EN FILIPINAS

Los frailes, además del sueldo que espléndidamente disfrutan del presupuesto, reciben por la cura de almas una cantidad importante para el culto, y no contentos con esto, cobran también los derechos llamados de estola y pie de altar. Pero desde el siglo XVII han inventado otro impuesto que les produce sumas enormes. Le llaman los *diezmos*, y para cobrarlos escogen el día de los difuntos. El fraile, aprovechando la superstición de los indios, le han inculcado que á sus difuntos, para entrar en el cielo, es preciso darles de comer.

Es curioso ver el día 2 de Noviembre la romería al convento llevando en carretas ó caballerías las cargas de palay y demás frutos del país, con los que el fraile llena los almacenes del convento, vendiendo las existencias sobrantes á los comerciantes, casi siempre chinos, y de quienes recibe algunos miles de pesos que bonitamente se embolsa.

Hay más: viendo los frailes lo mucho que esto produce, inventaron otro día de difuntos, y por tanto la necesidad de recoger más comida para los que están en el cielo, escogiendo al efecto un día del mes de Mayo, que es cuando se cosecha el palay (arroz), y la mayoría de los frutos del país, y así recolectan en Mayo otra buena cosecha sin el abrumador trabajo de sembrarla y cuidarla.

Es también muy curioso el modo de administrar los sacramentos á los enfermos en la mayoría de las poblaciones de Filipinas, ya sean regidas por frailes dominicos, agustinos, jesuitas ó recoletos. Todos los curas párrocos (frailes), tienen para este acto coche sufragado por las respectivas principalías.

Cuando el enfermo tiene posición desahogada, va el fraile ó manda alguno de sus coadjutores (cura indio) á cumplir la misión, pero cobrando por anticipado una suma en relación al dinero que le suponga al enfermo. Si éste es pobre, entonces el fraile y el coadjutor se están tranquilamente en su convento, y los vecinos ó amigos del enfermo lo meten en una especie de hamaca hecha de estera, que colocan sobre dos pingas (cañas de bambú), trasladándolo á la iglesia, y allí, cuando el fraile manda, se le administran los sacramentos, agravándose muchos y muriendo no pocos antes de regresar á sus casas.

En últimos de Septiembre de 1895, estando enfermo el oficial tercero de la Intendencia de Manila, señor Aragón, uno de sus compañeros, al verlo grave, reclamó del párroco de San Sebastián (parroquia de San Palo) los auxilios espirituales. El párroco, fraile recoleto, que estaba á la sazón entretenido en amoroso coloquio con unas *babays*, dijo que al momento iría. Transcurrió todo aquel día y no apareció el religioso por casa del enfermo, aun después de dos nuevas amonestaciones que le enviaron, y llegada la noche el Sr. Aragón falleció con la pena de no haber recibido los auxilios de la religión. Al día siguiente se presentó el fraile al arzobispo, y para desvirtuar la queja que se temía diese la familia del difunto, manifestó que al ir á administrar los sacramentos al moribundo, varios individuos, al parecer *francmasones*, que estaban en la casa, no sólo le negaron la entrada sino que le arrojaron de ella empleando la violencia.

Los casamientos no dejan de ser curiosos. Cuando los que le contraen son ricos, no tienen necesidad de molestarse en ir á la iglesia, pues por una cantidad estipulada los casan en su domicilio. Pero si son pobres los contrayentes, el párroco señala un día de la semana, y á la misma hora (generalmente á las siete de la mañana) se reúnen en el templo todas las parejas con sus respectivas familias, forman un enorme círculo que ocupa toda la nave principal del templo, y colocándose el fraile en el centro y con la rúbrica que marca la liturgia, casa á todos á una vez, se entiende, á todos los que hayan pagado por adelantado los derechos, que nada tienen de módicos.

En algunas parroquias rurales el fraile manda á la novia que pase unos días al convento para prepararla en la doctrina cristiana, sin cuya circunstancia no puede contraer matrimonio, y da lástima ver la sumisión de las jóvenes sometiendo á este mandato, no sin la protesta (muda, se entiende) del novio, que viendo en esto algo así como el antiguo derecho de pernada que ejercían los nobles cuando el feudalismo, pocas veces cede con agrado á esta especie de secuestro que se comete con su prometida.

Los bautizos se hacen, cobrándose por ellos derechos enormes con tarifa especial por la capa que use el cura (las hay de varias cualidades y categorías), por las velas que se enciendan, por cada repique de campana. Cualquier cura español se conformaría con la renta que producen en Filipinas las campanas de los más modestos conventos de un misero poblado.

Los entierros están sujetos también á varias categorías, según las preces, el coche fúnebre, los cirios, la caja mortuoria, los funerales, etc., que pide la familia. A los pobres que no tienen para pagar, el párroco, que explota el cementerio propiedad del pueblo, le presta una angarilla, sobre la cual se ve clavada una caja en la que meten el cadáver, que descargan en el cementerio como inmunda mercancía. Nunca, por esto, se entierra gratis en Filipinas. El indio es, desde que nace hasta después de morir, materia explotable por el fraile.

En algunas provincias, cuando el muerto es casado y no queda hijos, el fraile recoge (aún con la protesta de la viuda), las ropas y efectos que pertenecían al difunto, y los vende, aplicando su importe para sufragios por el alma.

La moralidad de los frailes filipinos corre parejas con su amor al dinero. No hay párroco que no sostenga amistades con varias mujeres (*babays*), las cuales no ocultan su condición de barraganas.

En sus casas se ven niños de ambos sexos, todos ellos mestizos, y al preguntarle si son hijos de algún *castila*, responden que es «hijo del Padre», como llaman allí siempre al fraile párroco de la localidad. Por esto en todas las localidades hay barraganas señaladas como *las señoras del Padre*, que á muy poco de merecer este nombre son dueñas de las principales propiedades de la comarca, donde viven muy respetadas de sus convecinos, sin duda por aquello de «por la peana se adora al santo».

La conducta del fraile para con su coadjutor no tiene explicación. Los coadjutores todos son sacerdotes indios, salidos de los seminarios del país y consagrados con todas las condiciones canónicas, y sin embargo, son tratados por el párroco como unos verdaderos parias. No reciben un sólo real de los derechos parroquiales, viviendo miserablemente del modesto sueldo que les asignan los presupuestos, pero en cambio el párroco les carga con todo el trabajo de más responsabilidad y además les coloca al nivel de sus criados domésticos. No es extraño, pues, que rabien contra tamaña injusticia y lamen que el gobierno la tolere.

Lo que sucede con las misiones no es menos escandaloso. Varias partidas se consignan en los pre-

supuestos del Estado para el sostenimiento de las misiones de los frailes destinados á la conversión de los igorotes de diferentes distritos de la Isla de Luzón. Pues bien, los frailes que forman cada misión residen en las cabeceras ó conventos más confortables de la provincia más próxima al distrito, y allí, haciendo la vida regalada del descanso, se comen bonitamente la cantidad consignada para convertir infieles, esperando á que las bayonetas los conviertan, para después, y bajo el amparo de éstas, ir á explotarlos.

En la Isla de Negros (no recuerdo ahora en qué localidad), había un párroco, fraile recoleto, que además de sus aficiones á las *babays*, tenía el feo vicio del incesto. Públicamente se decía que hacía vida marital con las hijas habidas de sus barraganas. A una de ellas la casó con un *castila* pobre y le dió una buena dote, con la que hizo negociar al yerno. Cuando los negocios llamaban á éste por varios días fuera del pueblo, el fraile pasaba las noches en la casa de su hija, con escándalo de propios y extraños. El Arzobispo D. Gregorio Melitón Martínez libró al pueblo del peso de este párroco, que cayó sobre el de otra localidad, donde fué muy vigilado.

Se dan muchos casos en que los padres agustinos, recoletos, jesuitas y dominicos estén familiarizados con el incesto. Tantos de los unos como de los otros se ven ejemplares de no haber tenido repugnancia en casar á la hija habida de una barragana, con el hijo habido de otra, sin duda para que los respectivos dotes se acumulen mejor y produzcan el apetecido provecho.

Pero algún discreto lector, que pase su vista sobre estas líneas y no sepa lo que pasa en Filipinas, se preguntará avergonzado: «¿qué autoridades tiene España en el Archipiélago? ¿Cómo pueden permitirse tan indignos hechos? Los obispos de Cebú, Nueva-Caceres, Jaró, Nueva-Segovia y el mismo arzobispo de Manila ¿qué hacen para mejorar las costumbres de unos religiosos tan depravados?

¡Los obispos!... ¡El arzobispo!... No se sabe de estos señores en el Archipiélago más que por las rentas que disfrutan y por los sueldos que cobran.

NICOLAS DÍAZ PÉREZ

GOLPE EN VAGO

Creyendo poner espanto en el corazón de Cánovas, uno que se dice médico, pero el anónimo guarda, desde la pocilga yankee le ha dirigido una carta llena de anuncios terribles y espantosas amenazas. En ella afirma que pronto hará un viaje á España para corromper el aire y para infectar el agua; que al efecto, en la maleta trae en cantidad sobrada, *cultivos puros del cólera*, *charbon* y *difteria* en lata, y de los muertos del vómito en tasajo las entrañas, con lo que, según sus cálculos, no ha de salvarse una rata. Como es natural, la cosa tomó D. Antonio á guasa, pues que pudo con justicia decir para su casaca: «¿Quién es el guapo en el mundo que en la provisión de plagas puede hacernos competencia tanto á mí como á Sagasta? ¿Qué mortíferos microbios han de asustar á la patria por nosotros de judíos y Loyolas infestada? ¿Dónde hay difteria que ahogue como á la nación exhausta la Tabacalera ahoga y ahoga la Trasatlántica? ¿En fin, que vómito negro puede producir las náuseas que siente el país mirando tanta inmundicia encumbrada? Me río, pues, de ese tonto que á la mar piensa que espanta diciéndole que va á echarle unos cuartillos de agua.» Y esto dicho, pensaría tirando al cesto la carta: «fuera la guasa de Cuba donde esté la sal de Málaga.»

LOS PERIODISTAS

Ni uno sólo de los que había presos la última semana ha sido puesto en libertad.

Como los conservadores se hubiesen dado tanta prisa en sacar á flote sus negocios, como se dan en poner á esos valientes compañeros en la calle, no estarían aprobados aun los contratos con la Tabacalera, las minas de Almadén y los ferrocarriles.

Es verdad que, para ellos, el negocio es antes que la justicia.

COSILLAS

Entre las medidas trascendentales y civilizadoras que se han tomado en el Congreso Eucarístico de Lugo, figura esta: que delante del tabernáculo de la catedral de Lugo arda, hasta el fin del mundo, una lámpara votiva, «cuya lucecita se convertirá en incendio de caridad que salve y redima á España.»

El gasto que origine la lámpara dicha se costeará por suscripción nacional, cuya cuota no excederá de diez céntimos.

Todo está trastocado, todo se balancea, los españoles mueren á millares, la ruina nos cerca, la bancarrota nos acecha... Y al reunirse los obispos, se les ocurre acordar que, con dinero ajeno, arda siempre una lucecita para salvar y redimir á España!

No podía esperarse sacrificio menor de unos señores que cobran tantos miles de duros al año de esta infeliz España, á quien hay que salvar precisamente porque ellos y otros como ellos la han arruinado.

No puedo ocultar mi regocijo cada vez que oigo á ciertos industriales, banqueros y comerciantes quejarse de lo mal que estamos. Y cuando sé de una quiebra, del cierre de una fábrica, ó de la ruina de un comercio, mi regocijo se duplica.

¿No querían restauración? Pues que tomen restauración. Las lamentaciones del presente son los réditos que pagan por las percalinas y los farolitos del pasado.

Ha dicho el Sr. Cánovas:

«Yo hago cuanto puedo por salvar á la patria, y si, después de todo, los militares no acabaran las guerras, me lavaría las manos.»

Anda buscando ya el paracaídas.

Precaución inútil. Cuando la historia hable del periodo actual, dirá que bajo la restauración, gobernada casi exclusivamente por Cánovas, se perdieron en España fortuna, colonias, hacienda y vergüenza.

Y dijo en San Sebastián el obispo de Vitoria á los soldados que iban á Cuba:

«Si os toca perder en el combate, el cielo os reparará la bienaventuranza que espera al verdadero creyente.»

Pero esto ¿es católico, ó es mahometano? Porque en el Corán se lee:

«No creáis muertos á los que hayan sucumbido peleando en los senderos de Dios: junto á Dios viven y de Dios reciben su alimento.»

«Creed en Dios y en su apóstol, pelead en las sendas de Dios, sacrificad vuestros bienes y vuestras personas. Perdonará Dios vuestros agravios y os introducirá en los jardines por donde van abundantes ríos. Viviréis eternamente en moradas encantadoras. Inmensa será vuestra ventura.»

Con seguridad que si Cristo se diera una vueltecita por España, y se enterase de lo que dice ese obispo y de lo que hacen otros, (ojo á Calvo y Valero), exclamaría apenado: «¡Y que me dejara yo crucificar para esto!»

Agradecemos á nuestro estimado amigo el laureado poeta y fecundo y castizo escritor D. José María Gutiérrez de Alba, el ejemplar dedicado que se ha servido enviarnos de su última producción literaria, titulada: DEL CIELO Á LA TIERRA.

Como el autor expresa, su trabajo es la relación de un supuesto viaje del Apostol San Pedro á este pícaro mundo, y sus consecuencias entre los ángeles, entre los demonios y entre los hombres.

El derroche de ingenio y gracia que el autor hace en su obra, escrita en estilo festivo y volteriano, no evita que la obra del Sr. Gutiérrez de Alba trate de combatir, y seguramente lo consigue, las supercherías del fanatismo religioso, arrancando la máscara á los hipócritas que explotan la ignorancia popular.

La obra se halla de venta en las principales librerías de Madrid al precio de 1,50 pesetas.

Recomendamos su adquisición.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Iba haciendo esos mi cura por las calles de Gijón, y preguntando por una posada.

Un obrero se dolió con sus compañeros del mal ejemplo que daba, oyólo el de la papalina, y comenzó á insultarle, acabando por decir: «¿Creen ustedes que no tengo dinero para la posada? Miren si lo tengo.» Y arremangándose la sotana, sacó piadosamente una navaja y una pistola.

Los obreros le reprendieron, é intentó descoserlos á navajazos, no pudiendo por efecto de la curda conseguir otra cosa que rasgarle á uno la chaqueta.

Los agredidos, puestos ya en estado de legítima defensa, le acariciaron la seráfica jeta con las manos; el de las faldas comenzó á gritar: «¡que me matan!», y entonces huyeron por temor á las resultas.

Mi enhorabuena á todos, ya que todos estuvieron dentro de su terreno y cumplieron con su deber: el cura tratando de proporcionarse modestamente algunos entierros, y los obreros poniéndole la mano en el sitio donde su mamaita le puso en tiempos la teta.

En Lima han sido enchiquerados los clérigos Nardini y Arteta, directores del colegio de Santo Tomás de Aquino, así como otras personas y curas que aparecen complicados en el escandaloso é infame atentado cometido con el alumno José Lisson. La población está indignada contra ellos.

¡Pobres niños los que caen en poder de ciertos clérigos! O tonsurados ó infamados, cuando no ambas cosas á la vez.

Todo padre que envía un hijo á un colegio de curas habiendo estado él, y sabiendo, por lo tanto, lo que pasa en ellos, merecía que lo condenasen á cadena perpétua, por parricida.

La noche era oscura, y un ministro de Dios platicaba con una buena moza en una calle extraviada del pueblo de Fachea.

¿Platicaba? Las pláticas suelen ser los relámpagos que anuncian las tempestades en el cielo del amor.

Aparte que de noche, y á oscuras, y ella guapa, y él casto...

De menos nos hizo Dios.

Fué el obispo de la diócesis á Espinalvet y le hicieron unas salvas de doscientos mil demonios. A un creyente se le reventó el trabuco y han tenido que amputarle una mano.

Que lo bendiga el obispo, y le retoñará. Para las ocasiones son los amigos.

¿Que un cura hace de cochero en Tarragona para sacar á su ama de paseo?

Por la mujer se hace todo; lo mismo los hombres que los presbíteros.

El lunes se presentaron en la prevención del distrito de la Latina la superiora y una hermana del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, manifestando haber visto escalar el muro del edificio y luego entrar á un hombre por la ventana de la sacristía de dicho Colegio.

En su virtud llenáronse de parejas de orden público las calles inmediatas, registróse el convento y á nadie se encontró.

O las pobrecitas no sueñan más que con hombres, ó en los conventos hay muchos escondites, ó no tienen gran confianza en la protección divina.

Las iglesias de la provincia de Valencia, como las de casi toda España, están convertidas en loterías y martillos donde todo se sortea y se subasta.

El que esté bien con su dinero, que huya de esos lugares de perdición para las bolsas.

En el pueblo de Robres (Logroño) se ha suicidado el cura párroco disparándose un tiro de revolver en la sien derecha.

El desprecio á la vida que en los libros sagrados se recomienda, debe haber sido causa de que adoptase resolución tan extrema.

No nos cansaremos jamás de recomendar á nuestros amigos que se abstengan de las malas lecturas.

Los turcos continúan entreteniéndose en degollar cristianos.

La idea religiosa sigue haciendo de las suyas, con grave detrimento de la humanidad.

La matanza y el incendio han sido, son y serán los heraldos de toda religión, á pesar de que recomiendan todas el amor al prójimo, y todas se envanece de secundar las miras de Dios.

DISPAROS

Ha muerto en Zarza la Mayor D. Juan José Gazapo, hombre de gran ilustración, inteligente y honrado. El pueblo en masa le acompañó al cementerio.

Damos el pésame más sentido á nuestro queridísimo amigo, correligionario y compañero en la prensa D. Pedro Gazapo, director de *La Coalición* de Badajoz, rogándole que lo haga extensivo á su madre y hermanos, tan apreciados por nosotros.

Los insurrectos de Cavite entraron el día 25 de Agosto á saco en el convento, matando trece frailes.

Otra ilusión menos. A fuerza de oírlo repetir, había yo llegado á creer que los frailes eran en Filipinas muy queridos y respetados.

El día 17 se suicidó un obrero en la catedral de Barcelona. Hallábase en ella Castelar.

Bien pudiera el obrero haberse suicidado al verlo, arrepentido de haberle admirado en otro tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

Los tratados XII y XIII de la notabilísima obra de Odón de Buen, titulada *Historia natural*, acaban de ponerse á la venta al precio de una peseta cada uno, como los anteriores. Tratan de Geología y son interesantísimos. Manuel Soler, editor. Paseo de San Juan, 152, Barcelona.

COLECCIÓN DIAMANTE. Acaba de poner á la venta la interesante novelita de Eugenio Süe, titulada *La Condesa Lagarde*. 50 céntimos. Principales librerías.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Madrid—Usted, que presume de saber todo lo que hacen los curas, ¿á que no sabe al frente de qué diócesis está un señor que en sus ratos de ocio borda y hace flores de trapo ó papel?

—Confieso humilde y avergonzado que lo ignoro; pero si usted se sirve indicármelo, yo le prometo hacerlo público para edificación de las almas piadosas.

ULTIMA HORA

El valiente periodista y literato notabilísimo, Sr. Blasco Ibañez, ha sido condenado en Consejo de Guerra celebrado en Valencia á dos años de prisión correccional, y á seis años y un día don Bernardo de Toledo.

Recibida la noticia á la hora de cerrar este número, en el próximo nos ocuparemos de este asunto, por el que también han sido sentenciados á diferentes penas otros queridos correligionarios.

Hasta tanto, reciban todos, especialmente los citados, por ser los que conocemos, la seguridad de que nos indigna el contratiempo que sufren.

FOLLETOS NUEVOS

15 CÉNTIMOS UNO

Acaban de ponerse á la venta los siguientes:

LAS SESENTA Y SIETE
CÉLEBRES PREGUNTAS

DE
ZAPATA

Dirigidas á una junta de doctores, por las cuales fué quemado en Valladolid en 1631.

CARTA
DE

CARLOS MAURICIO DE TALLEYRAND
AL PAPA PIO VII

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.